

posible imaginar una escalera que sólo baje ó que sólo suba.

He ahí cómo se me presenta la ambición de estos tiempos, condenada á bajar tanto como sube.

¿Y será esto nada más que un capricho de la naturaleza y de los hombres?

¿No podrá ser un jeroglífico ininteligible, solamente porque no queremos descifrarlo?

¿Por ventura vivir es otra cosa que deshacer la vida? ¿No es avanzar á la vez que retrocedemos?

¿No es subir y bajar al mismo tiempo?

¿No es justo, providencial y sabio que los hombres bajen por la misma escalera que suben?

¿Se puede dar á la ambición humana más terrible castigo?

Ahora bien : casi todos los que veis trepar por los peldaños de la escalera pública, vienen á estar debajo del resto de los hombres.



LOS SUEÑOS

Si no fuera tan apremiante la necesidad de vivir, yo creo que algunas veces tendríamos tiempo para pensar en algo.

Pensar es detenerse, reflexionar es pararse; ¿y quién se atrevería á detenerse con peligro de quedarse atrás?

La vida es una especie de progreso que no nos deja tiempo para pensar.

Desde el momento en que se nace hasta el momento en que se muere, se está viviendo sin un instante siquiera de interrupción.

Para dar variedad á este trabajo asiduo y constante del hombre, se han buscado diversas maneras de vivir.

Se han inventado figuras distintas, que representan una misma cantidad.

Así como para decir las mismas cosas se han inventado muchos idiomas.

Pero en realidad, no hay más que una vida, que no tiene sustitución.

El que una vez se queda sin ella, ya no vuelve á vivir.

Por eso todos tenemos tanto afán en conservarla.

Es incalculable lo que el hombre haría si por un privilegio de la naturaleza no tuviera nada que hacer.

¡Infeliz! Desde que nace hasta que muere, se siente oprimido por el trabajo continuo y forzado de vivir.

¿Adónde llegaríamos si pudiéramos hacer que la vida se esperara?

Ó para decirlo de una manera más absurda, más comprensible y más exacta:

¿Adónde iríamos á parar si nos fuera posible detenernos!

En esta carrera precipitada, en la cual parece que vamos huyendo de todo lo que sucesivamente vamos buscando, apenas tenemos tiempo de ver lo que pasa por delante de nuestros ojos.

Con tanta rapidez cruzan las cosas á nuestra vista, que no podemos verlas más que por la superficie, y desfiguradas por la velocidad del movimiento.

Hay una en la que tropezamos todos los días, sin que hayamos podido averiguar aún ni el más fácil de sus secretos.

Es la cosa más rara y la cosa más frecuente.

La cosa más natural y la cosa más incomprensible.

Es una cosa ante la que todos cerramos los ojos y doblamos la cabeza.

Se llama sueño.

La sombra, enemiga de dejarse ver con claridad, tiene la precaución de no aparecer hasta que se apaga la luz.

Por eso no se la ve más que de noche.

El sueño, más ingenioso, ha encontrado un medio más seguro para no ser visto á pesar de la luz.

Su primer cuidado es cerrarnos los ojos.

Apenas los abrimos, desaparece.

Es imposible cogerlo desprevenido.

El sueño es un mundo en el cual entramos como en este, esto es, completamente á oscuras.

Si yo fuera ciencia, viviría en continua desesperación.

Eso de no poder averiguar lo que pasa dentro de uno mismo, es una vergüenza.

No dejarnos penetrar en lo que tan inmediatamente nos pertenece, es una crueldad.

Obligarnos á que cerremos los ojos ante el poder de una cosa que no comprendemos, es una tiranía.

¿Por qué hemos de doblar la cabeza ante las exigencias del sueño?

Bien mirado, dormir no es más que tenderse para que pase por encima de nosotros un tirano invencible.

Y, sin embargo, soñar es la palabra más libre y más bella que se encuentra en el diccionario.

Sueño equivale á felicidad.

Sueño se llama á todo lo que nos parece imposible, y los imposibles tienen la crueldad de parecernos hermosos.

¡Cosa extraña! Tenemos que echar el velo profundo de nuestros párpados sobre la realidad de las cosas para vernos felices.

Los sueños son una especie de citas misteriosas que nos damos con todo lo que vive en nuestro deseo.

Todo lo que no podemos realizar, lo soñamos. Es un modo incomprensible de ver lo que no tiene forma, de gozar lo que no existe.

Para los médicos, un sueño no es más que una congestión; y es claro: ¿qué ha de ver un médico si no ve una enfermedad?

Los sueños suelen tener muy malas intenciones.

Esa mala intención que llevan siempre consigo todas las mujeres que son muy hermosas.

Toda mujer puede ser amada constantemente por un hombre.

Esta es una regla general, que no tendría excepción, si no hubiera otra regla contraria, y también general.

Todo hombre preferirá siempre á la mujer más bella.

Las mujeres saben esto perfectamente, y he aquí lo que hacen:

Ciegan á los hombres para que no puedan ver á las demás.

El sueño es así: es el que quita el encanto á la realidad.

Desgraciado del que, enamorado de una cosa real, tenga la desventura de soñar otra.

Es seguro que si el hombre no soñara, viviría muy contento.

¿Por qué será que los niños se despiertan siempre llorando?

Los sueños son una cosa mucho más transcendental de lo que parece á primera vista.

Como todos soñamos, no vemos en ello más que una vulgaridad.

Los sueños de los poetas tienen el privilegio de realizarse.

Aquí está la *Divina Comedia*, que no me dejará mentir.

Sus personajes nos son conocidos; los vemos vivir mejor que á la mayor parte de los hombres que vemos por la calle.

El Quijote es otro sueño realizado.

Es tan verdadero este personaje, que, no solamente sabemos lo que hizo, sino que estamos seguros de lo que hubiera hecho.

Existe de una manera mucho más completa que la mayor parte de los hombres públicos que vemos todos los días, pues sabemos de ellos algo de lo que han hecho, é ignoramos completamente lo que harán.

Y esto es tanto más admirable, cuanto que esos son hombres de razón, y Don Quijote era un loco.

Hacer de un sueño una realidad, es privilegio exclusivo del poeta; es un secreto del arte que na-

die ha podido robarle todavía. Tal es la obstinación con que lo guarda.

Los filósofos modernos se han empeñado también en hacer de sus sueños una realidad.

Ellos habían de querer también que sus sueños tomaran cuerpo, y siguiendo los procedimientos mecánicos del arte, tomaron papel y empezaron á dar forma de libros á todas sus quimeras.

Aquí empieza la segunda perdición del mundo.

Un alemán que no tiene nada que hacer, coge un jarro de cerveza y enciende su pipa.

Los vapores del brebaje y el humo del tabaco forman en su imaginación una atmósfera semejante al caos, una cosa parecida á los primeros momentos del sueño.

Cuando los hombres no tienen nada que hacer, es precisamente cuando hacen las grandes cosas.

¿Qué había de hacer el espíritu alemán al ver desvanecerse ante sus ojos la realidad de la vida, borrada por los vapores de la cerveza y el humo del tabaco?

Si el mundo huía de su vista, ¿había de quedarse indolentemente dormido en el aire?

Esto hubiera sido sublevarse contra las leyes de la gravedad, y lo primero que necesita un filósofo alemán es ser grave.

Al encontrarse fuera del mundo que todos pisamos, se veía en la necesidad de crear otro mundo.

El humo del tabaco y los vapores de la cerveza no habían de ser menos que la *nada*.

Esto hubiera sido absurdo.

El humo es dócil y se prestó á la nueva creación.

La cerveza no pudo negar que llevaba dentro de sí un espíritu activo.

Y la imaginación se abrió como el vacío para dar paso al flamante universo.

He aquí el *Génesis* de este nuevo mundo que se llama filosofía alemana.

De esto resulta que se han vuelto *científicamente* locos una porción de seres racionales.

Y como al crearse el mundo de la *filosofía alemana* no ha podido destruirse el mundo primitivo, resulta que los que están soñando no pueden entender á los que están despiertos.

Esta sabia filosofía, ya que ella no puede, trabaja para que los ignorantes realicen sus sueños.

Así se ve á la multitud buscar lo que no existe.

Se agita como un sonámbulo que, soñando grandes riquezas, quisiera encontrar la realidad de sus quimeras en las tristes soledades de sus tristes bolsillos vacíos.

Ha dicho Larra que un tonto y un hombre de talento se distinguen en que el primero dice las tonterías y el segundo las hace.

Entre un sabio y un ignorante la diferencia es en sentido inverso: el sabio escribe las locuras y los ignorantes las ejecutan.

Todas las locuras de una mujer enamorada no son más que el afán de realizar sus sueños.

Pocas veces un asesinato deja de ser la realización de un sueño de venganza.

¡Cuántos habrá en la cárcel por haber querido realizar sus sueños de oro!

Los sueños son un mundo invisible que todos llevamos oculto en el fondo de nuestro corazón ó de nuestra cabeza, y que sólo se nos descubre cuando cerramos los ojos.

¡Qué aspecto tan extraño tiene la realidad cuando tropezamos con ella al despertar de un sueño!

Parece como que sentimos la ligadura mortal que sujeta el alma á la tierra.

Parece como que pesa sobre los hombros de nuestro espíritu el peso de la vida.

Experimentamos la extrañeza, el asombro que experimentaría un águila si de repente perdieran sus alas poderosas la facultad de volar.

El sueño es la ventana de la cárcel en que vivimos.

Soñar es tender la mirada por el ancho paisaje que se dibuja fuera de nuestra prisión.

Despertar es volver los ojos al centro del calabozo, cuyas paredes duras y frías nos cierran el paso por todas partes.

La mitad de la vida la pasamos soñando.



DOS ESPECTÁCULOS

El último domingo ha sido lo que se llama un hermoso día.

Todo amaneció brillante y magnífico.

El sol ardiente, el cielo sereno, el aire templado, la gente alegre.

En ninguna ocasión ha podido Madrid restregarse las manos más satisfecho de la tierra, del cielo y de los hombres.

Para que nada faltara á su satisfacción, era ese domingo el primer día con que tropezaba al escaparse de las tristes y solemnes ceremonias de la Semana Santa.

Todas las esquinas le salían al encuentro pregonando las funciones que le esperaban.

Sobre todas resaltaba un cartel encarnado, como si se hubiera tenido la exquisita previsión de teñirlo en sangre.

En él campeaban grandes letras, como si quisieran dar por su magnitud una idea de la grandeza de la fiesta.

Además de grandes, eran negras.

Sin duda habían comprendido que debían presentarse de luto.

Colocadas una después de otra, lanzaban á los ojos de la multitud este negro renglón.

PLAZA DE TOROS.

El resto del cartel contenía el orden en que había de desenvolverse este sublime espectáculo.

Veinte mil ciudadanos se lanzaron por la calle de Alcalá, como un torrente, empujados por la fuerza impulsiva del cartel.

No tenemos derecho á poner en duda que todas estas gentes eran honradas.

Era una masa de hombres, de niños y de mujeres que acudían á llenar con sus personas el espacioso círculo de la Plaza de Toros, y á llenar con su dinero el bolsillo de la empresa.

Esta función tenía oculto un incidente que nunca anuncian los carteles y que siempre se espera.

Lo sublime de esta función consiste en la probabilidad de ese incidente.

Quíteseles á las corridas de toros el peligro en que está constantemente la vida del torero, y se acabó el encanto.

Veinte mil seres racionales no sacrificarían ni su

dinero, ni su tiempo, ni su comodidad por semejante espectáculo.

Por eso el mejor de los toros será aquel que arroje á la culta admiración de nuestro entusiasmo mayor número de cadáveres.

Por eso el gran toro del domingo fué el que, destruyendo de un solo empuje todas las habilidades del arte, hundió su asta encendida en el corazón de un infeliz torero.

Por eso la cabeza arrogante y estúpida de ese animal glorioso fué comprada en el acto á peso de oro, y dentro de pocos días aparecerá disecada, esto es, inmortalizada, en el gabinete del que la ha adquirido, para perpetuar la memoria de ese toro modelo.

Afortunadamente los toros no han pensado todavía en que pueden inmortalizarse como los hombres.

Veinte mil espectadores presenciaron un espectáculo, sin duda alguna terriblemente conmovidos, pero dispuestos al mismo tiempo á insultar al torero que se hubiera negado á seguir lidiando con aquella fiera que tenía entusiasmado al concurso.

¡Qué gran negocio para la empresa!

¡Qué gran crédito para la ganadería!

¡Qué soberbias corridas nos esperan!

El empresario debe doblar el precio de las localidades.

El ganadero debe triplicar el valor de sus toros.

El gobierno debe disponer que se ensanche la plaza.

Nosotros acudiremos á gozar una por una todas las nobles emociones de tan bello espectáculo.

En toda corrida de toros aparecen tres fieras, que son estas :

El toro, el torero y el público.

Los grados de barbaridad de cada uno de estos brutos, pueden calcularse por los siguientes datos:

Al toro se le obliga.

Al torero se le compra.

El público va por un acto espontáneo de su soberana voluntad y da dinero encima.

Obsérvese bien esta otra gradación:

El toro, provocado, se defiende.

El torero, comprometido, lidia.

El público se divierte.

En el toro hay fuerza é instinto.

En el torero valor y habilidad.

En el público no hay más que fiereza.

No hay en la naturaleza un monstruo que se parezca á ese que se forma en los tendidos de una Plaza de Toros.

¿Cómo una reunión de seres racionales puede componer ese bárbaro conjunto?

No hablemos de los caballos.

Si ellos pudieran conocernos, ¡cuánto nos despreciarían!

Calígula hizo senador á su caballo.

Nosotros los arrojamos indefensos y con los ojos vendados al ciego ímpetu de un toro.

Somos más bárbaros que Calígula.

Una corrida de toros es, á los ojos de toda persona sensata, una frase mal entendida.

No son los toros los que se corren ; es la civilización la que queda corrida.

Hay una embriaguez que no avergüenza, y es esa que resulta del roce íntimo de unos hombres con otros, cuando forman ese mar, lleno siempre de tempestades, que se llama multitud.

Hay, sin embargo, corazones sensibles que llorarían amargamente si vieran desaparecer de la puerta de Alcalá ese padrón de ignominia que se llama Plaza de Toros.

¡Qué contrastes tiene la vida!

El domingo fué un día hermoso, alegre, verdaderamente divertido.

Sólo escondida en el rincón de su casa una pobre familia llora una pérdida irreparable.

Realmente no es más que una infeliz mujer que llora la muerte de su marido, y unos cuantos hijos que lloran la muerte de su padre.

En rigor, esta pena es bastante frecuente ; el mundo está lleno de viudas y de huérfanos.

¿Qué es el cadáver de un torero y el cuadro de una familia afligida por la más honda de las penas ante el espectáculo de veinte mil personas que se divierten?

Pongámonos á la altura de nuestra época.

Reprobemos indignados la pena de muerte que nuestras leyes imponen al criminal por mano del verdugo, y respetemos la pena de muerte que nuestras costumbres imponen al torero por medio del toro.

Que la ley mate al criminal, es una vergüenza; que un toro mate á un hombre, es una diversión.

Todavía hay otro espectáculo más repugnante y más barato.

En Madrid los días se pasan de cualquier modo; pero las noches es preciso pasarlas bien.

Además, los días son demasiado cortos, y es preciso que tomemos de la noche toda la parte necesaria á la vida que se hace en Madrid.

Es un principio económico, generalmente admitido y comúnmente practicado, que lo que hace falta debe tomarse de cualquier parte.

La noche es un exceso de tiempo, una superabundancia de la naturaleza, un número de horas perdidas en la oscuridad, y hemos desamortizado la noche.

Real y verdaderamente estaba mal administrada.

El tiempo es oro, y hemos abierto ese nuevo raudal que entra impetuoso en el mar de la prosperidad pública.

Desde el momento en que empieza á oscurecer empezamos á vivir.

La luz del sol es demasiado clara para ciertos espectáculos; los vicios tienen también su pudor, y han hecho de la noche el velo con que fingen cubrirse.

La deshonestidad de una mujer no consiste siempre en descubrirse; es mucho más temible la deshonestidad de las mujeres que hacen como que se cubren.

Hace mucho tiempo que Madrid posee el luminoso descubrimiento del alumbrado de gas.

Esta es una luz que aquí sólo sirve para anunciar á la población fatigada del día, que ha llegado la noche.

Una luz que quiere decir: «No se ve.»

Una luz tan ingeniosamente calculada, que sólo sirve para que se vea la sombra.

Realmente no es luz, sino brillo.

El alumbrado de Madrid es á la luz, lo que el *doublé* es al oro.

Es un pretexto para que podamos decir que Madrid está alumbrado.

Cada farol dice claramente: «Aquí debiera haber una luz.»

Parece que aquí sólo ha llegado un reflejo del gas que ilumina á otras poblaciones.

Bajo este punto de vista, se puede decir que aquí no hemos salido aún de la aurora del gas; para nosotros no ha hecho más que empezar á amanecer ese sol del mundo moderno.

Á la sombra de esta luz, Madrid se pone en movimiento, como si entonces empezara á despertar.

Cada calle es un cauce por el que corre un río de gente: parece que ha caído sobre Madrid una red humana, por entre cuyas mallas se levantan los edificios, como diques puestos al oleaje de la multitud.

Bajo este velo, Madrid no teme desnudarse, y se le ve tal como es.

Muestra toda la desenvoltura de que es capaz

una mujer deshonesta que ha tenido la pudorosa precaución de taparse la cara.

Como si una mano misteriosa hubiera removido el fondo de este profundo estanque, todo lo que está debajo sube á la superficie.

El primer teatro que se abre á la espectación pública, lo forman las calles principales.

Es un espectáculo gratis.

Los vicios con su pudor tienen también su generosidad, y no se ofrecen al entretenimiento público movidos por el resorte del interés.

No se trata de una empresa ni se trata de un negocio.

Es una diversión, que, atendiendo al bolsillo, no cuesta nada.

La familia más pobre no tiene que hacer ningún sacrificio para disfrutar de este continuado espectáculo.

Si esta congregación ó la otra, si esta ó aquella hermandad, si la orden de estos ó aquellos caballeros, celebra alguna solemnidad religiosa en cualquiera de los templos de Madrid, tendréis que llamar á la puerta de la casa de Dios con un billete en la mano para que os sea permitida la entrada.

Ni esto necesitáis hacer para entrar en la Puerta del Sol y tomar puesto en la Carrera de San Jerónimo, centro de la diversión, foco del espectáculo.

El ayuntamiento paga la luz, y los guardias municipales vigilan, para que el escándalo no sea interrumpido por ningún desorden.

Sean las que quieran vuestras economías, podéis asistir á esta función sin que se resientan vuestros ahorros.

¿Pero tenéis una hija ó una mujer?

¿Tenéis además necesidad de pasar por esta calle después de anochecer? ¿Tenéis simplemente vergüenza? Pues echad por otra calle, porque el espectáculo os podrá costar muy caro.

El vicio se planta todas las noches en medio de la calle, y pone en escena todos los recursos que tiene á su arbitrio el arte de seducir.

Es una exposición pública que Madrid hace todas las noches, de todas las mujeres perdidas que medio oculta durante el día.

Cuando una vasija se derrama, es señal de que ya no cabe en las casas.

Hay un censor que cuida de que en los teatros no se ofenda la decencia ni se falte á la moral.

¿No habrá ninguna censura para esa representación viva de todos los vicios?

Aquí tenéis un agente de policía urbana que os aplicará todo el rigor de la ley si por casualidad cae de vuestro balcón una gota de agua á la calle.

Esa gota de agua puede manchar al público.

Mas ¿dónde está el agente de policía moral que impida que se derrame en las calles el lodo con que el vicio salpica á la multitud?

Allí viene un infeliz cargado con el peso de un fardo enorme.

Á ese desgraciado le está prohibida la acera.

Tenéis derecho á que se aparte para que os deje

libre el paso: el que trabaja no debe estorbar al que se pasea: un hombre cargado no es un hombre, es una bestia que debe ir por en medio del arroyo.

Pero no es un aguador ni un mozo de cordel lo que os encontráis al paso.

Es una mujer cargada de vicios, que si os mira os mancha, que si os habla os avergüenza, que si os toca os señala.

Á este ser, para quien no debía haber calle, tenéis que dejarle la acera: tiene en ella la misma parte que pueden tener vuestra mujer y vuestra hija.

Tiene el ayuntamiento repartidos por la población un número de hombres encargados de barrer la inmundicia de las calles.

Así lo exige la decencia pública.

De otra manera no sería posible andar por Madrid.

Pero ¿no hay nadie encargado de barrer esa otra inmundicia que el vicio arroja todas las noches á las calles?

Lo que importa, sin duda, es que no os manchéis el charol de las botas ó la seda del vestido. Si las escenas vergonzosas y las palabras repugnantes manchan vuestros ojos y vuestros oídos, tened paciencia.

Un pobre que pide una limosna, es una ignominia que en el acto es recogida.

¿No hay quien recoja á esas mujeres que todo lo piden?



LA BOLSA

BAJO esa palabra está contenido el primer término de una terrible disyuntiva; la mitad de un pensamiento que podemos encontrar clara y explícitamente formulado en medio de la oscuridad de cualquiera noche al cruzar una calle ó al volver una esquina.

Las palabras se anudan entre sí algunas veces por medio de vínculos tan estrechos, que es imposible separarlos; y las vemos discurrir unidas por el laberinto de la lengua, formando esas combinaciones que parecen indestructibles, y que llamamos frases hechas.

La Bolsa es una palabra que por sí sola apenas tiene sentido; es la mera designación de un objeto de mayor ó menor capacidad, un simple nombre, un distintivo, una contraseña, como Juan es la contraseña de un hombre, que lo mismo pudiera llamarse Pedro.

Para que la palabra Bolsa descubra toda la profundidad de su sentido, hay que completar la frase de que es principio: hay que decir:

«La bolsa ó la vida.»

Alternativa absurda en que esos términos irreconciliables, perpetuamente separados por la inmunidad de una *o*, aparecen unidos, presentando de continuo á los ojos del hombre un problema permanente.

Singular capricho de las palabras, extraña virtud la de esa *o* misteriosa que se complace en unir los mismos términos que separa.

El primero que, colocándose en la encrucijada de un camino, sometió el punto á la decisión de los transeuntes, ignoraba sin duda que andando el tiempo había de descubrirse que la bolsa y la vida son una misma cosa, y que plantearle á un hombre el dilema irresistible de «la bolsa ó la vida,» era en sustancia proponerle la elección precisa de uno de estos dos términos:

«Ó te mueres ó te mato.»

En aquellos tiempos oscuros en que la ciencia económica, esto es, la menos ciencia posible, no había llegado á adquirir la posesión de las grandes verdades, el hombre se veía con frecuencia en la necesidad de comprar su vida á peso de oro en la revuelta de cualquier camino.

Esta transacción mercantil se reducía por lo común á tomar la vida y á dejar el dinero.

Los mismos especuladores que salían á los caminos á proponer sus negocios se jugaban la vida,

que era la base del capital de todas sus operaciones; se la jugaban, y solían perderla, aunque fundaban el secreto de su comercio en ese principio de derecho mercantil que da á todo hombre la facultad de vender cara su vida.

Como se ve, en la sombra de aquellos tiempos oscuros se dibujaba ya la estrecha unión que existe entre la bolsa y la vida, formando el primer nudo de esta inmensa y maravillosa red de relaciones comerciales en que el mundo ha caído.

Vemos por una parte á unos dando la bolsa en cambio de la vida, mientras que por otra parte vemos á los otros jugarse la vida para alcanzar la Bolsa.

En estas operaciones elementales del comercio primitivo, los segundos ganaban todo lo que perdían los primeros, y poco á poco la perspicacia del hombre fué descubriendo que la base segura de la especulación consistía en el sistema de los segundos.

Esto es, jugarse la vida para ganar la bolsa.

Ó lo que es igual; quitarse la vida para adquirir dinero.

Ó lo que es lo mismo; matarse para poder vivir.

Desde el instante en que esto se vió claro, comenzó el gran movimiento del comercio universal, el negocio saltó por todas partes como las chispas de un incendio, y el dinero empezó á correr de una parte á otra con ese desasosiego, con esa loca inquietud con que va y viene, y huye y vuelve el perro perdido que no encuentra á su verdadero dueño.

Dinero es la palabra dentro de la que se encierra el valor de todas las cosas.

Es la fórmula de todos los valores.

Viene á ser lo que el guarismo á la cantidad.

Es la medida precisa que determina el valor *real* de cada cosa ; lo que no vale dinero no vale nada.

La palabra no es un don concedido exclusivamente al hombre, porque en el universo todo habla.

El sol que se levanta todos los días sobre nuestras cabezas, penetra en nuestras casas, entra en nuestros ojos, y claramente nos dice : « Mirad. »

El aire pasa fugitivo por nuestros oídos, diciéndonos : « Yo vuelo. »

El agua huye presurosa delante de nosotros, y nos dice : « Yo corro. »

¿Quién le ha dicho al hombre que la tierra rueda incansable por el espacio más que la tierra misma?

¿En el fondo de todo abismo no hay una voz profunda que llama incesantemente á todo el que se asoma?

No conozco nada más silencioso ni más impenetrable que el ángulo mudo y sordo de una esquina ; pues ese ángulo sale al paso del transeunte, lo detiene, y le dice : « Vuelve. »

Unas pobres conchas escondidas en las cimas escabrosas de las montañas más altas han declarado á la faz del mundo, bajo el testimonio irrecusable de sus palabras, que hubo un tiempo en que hasta allí subieron las aguas tempestuosas del Océano.

El tierno vástago, rompiendo con ímpetu lozano el hinchado botón que lo aprisiona, tiende en el aire sus primeras hojas, diciendo : « Yo acabo de nacer. »

Hay un momento en que la flor más reservada, más silenciosa, más tímida, se inclina y dice : « Yo voy á morir. »

Todo habla; la palabra está en todas partes; la creación es un libro en que todo está escrito; cada objeto es una frase, cada cosa un pensamiento.

El universo entero, al verse arrojado á la vida por la mano poderosa que lo produjo, prorumpió en una exclamación inmensa que todo lo llena; cuantas cosas fueron creadas se unieron y se ordenaron como las letras de una palabra para escribir en todos los idiomas y en todos los tiempos esta idea eterna: « Dios. »

Todo habla; la oscuridad misma se presenta á nuestros ojos llena de extraños jeroglíficos; el silencio mismo hace llegar á nuestros oídos voces misteriosas; el vacío mismo, condenado á oscuridad profunda, á silencio perpetuo, á soledad eterna, tiene también su palabra.

Como si fuera el eco de una voz perdida en el espacio, se acerca á nosotros, no sabemos por dónde, y nos habla no sabemos cómo.

Él nos trae ó nos envía esta palabra sin límites : « Nada. »

Nada, es decir, la negación de todo.

Habla, pues, hasta lo que no tiene voz, ni forma, ni ser.

El dinero es, por consiguiente, la lengua de la riqueza; todo aquello que no pueda traducirse en dinero, no es riqueza.

Más claro: el que no tiene dinero, no tiene nada.

Sometido el caso á la observación desde un punto de vista aritmético, resulta que el dinero es la unidad, y todo lo demás es cero.

La realidad no tiene ya más expresión propia, más interpretación auténtica que la que le determine un número mayor ó menor de reales.

Ahora bien: todas las cosas habían de sentir la necesidad de ser algo, y en virtud de este impulso, acudieron á tomar sitio en el orden alfabético del diccionario de esa lengua universal.

Cada cosa de por sí buscó con empeño la medida de unos cuantos reales para tener el nombre de una cantidad, que atestigüe la realidad de su existencia en el mundo positivo del comercio humano.

Digámoslo de una vez; todo se puso en venta.

Ó lo que es lo mismo; todo se vende.

O lo que es más claro; todo está vendido.

Aquí aparece la creación de la *Bolsa* como la expresión definitiva de la vida, como el barómetro es la expresión de la temperatura.

Mirémosla desde su gran punto de vista.

Veamos.

El oro es el dios de la fe moderna.

La economía es la ciencia teológica de ese dios.

El comercio es la moral de esa teología.

La ganancia es la virtud de esa moral.

El negocio es el culto.

La Bolsa es el oráculo.

Cuando la Bolsa baja, todo se detiene.

Cuando la Bolsa sube, todo marcha.

Ella en sí no es más que un juego de envite y de azar, como cualquiera de esos otros juegos que han enriquecido la lengua dando nombre á los garitos; pero aquellos son juegos prohibidos y este es un juego autorizado.

La base de sus grandes operaciones es la deuda.

La deuda es á la riqueza lo que el vacío á la naturaleza.

De forma que jugar á la Bolsa es tanto como jugar sobre un abismo.

A ese abismo se le llama fondos públicos.

Sin embargo, la Bolsa es la vida.

FIN DE MÁS HOJAS SUELTAS.

